

[Erika Bornay]

## De la desesperación a la destrucción

Cuando se acerca y se penetra en la psicología de la *Electra* de Sófocles, la pregunta de por qué su figura ha sido interpretada y revisada en tantas ocasiones a través de los siglos, halla su respuesta en la forma en como el poeta y dramaturgo conformó su personaje. Sófocles la describe como una mujer cuya reacción ante una situación moral límite, por muy descendiente de los átridas que sea, puede ser común a cualquier individuo -en este caso a cualquier mujer- que se halle en el ojo del huracán de una situación de máxima violencia. Es decir, centra su drama en el conflicto personal de un ser. No de otra manera se explica, que no únicamente desde la Antigüedad y hasta el siglo XVIII, de Eurípides a Voltaire, se hayan vuelto a recuperar Electras, y que, más modernamente, el personaje y sus posibles interpretaciones a la luz de la psicología actual hayan tentado a escritores tan diferentes como Pérez Galdós, Giraudoux, Sartre, O'Neill y en el caso que nos ocupa a Hugo von Hofmannsthal (Viena, 1874-1929)

Ahora bien, para comprender por qué la mirada interpretativa de este autor se concreta en una histórica Electra finisecular en su libreto de la ópera de Strauss, es ineludible acercarse a su vida y sobre todo a las influencias que recibió de su entorno en la capital vienesa.

Intelectual que perteneció al grupo *Jung Wien* (Joven Viena), fue receptivo a todas las influencias de las élites intelectuales

austriacas. Y desde luego estuvo vivamente inspirado por las obras de Nietzsche y las teorías psicoanalíticas de Freud. Hofmannsthal perteneció a la generación dañada por una terrible crisis de identidad en un mundo en zozobra en el que todo iba cambiando aceleradamente y en el que el individuo no encontraba apoyos sólidos a los que asirse. La certeza de que la sociedad junto con todos sus valores se estaba resquebrajando, late no sólo en sus escritos, sino también en el de otros pensadores e intelectuales, contemporáneos y compañeros suyos. La era de la seguridad que retrataría en sus inmortales páginas Stefan Zweig años más tarde, aquel “mundo de ayer”, se estaba extinguiendo y Karl Kraus certificaba su muerte con aquellas palabras que el tiempo iba a confirmar: “Bienvenido sea el caos porque el orden ha terminado” .

Acabamos de señalar la influencia de Sigmund Freud en la obra de Hofmannsthal, quien de entre las teorías del psicoanalista, se interesó por las de la fijación de los hijos, según el sexo, hacia a uno de sus padres, pero Freud desarrolló en particular la teoría del complejo de Edipo que trata de las confusa y ambigüas emociones y sentimientos amorosos del niño hacia su madre, y simultáneamente de sus sentimientos hostiles hacia el padre, su rival.

Sin embargo, en lo que se refiere a la atracción de la niña por el padre y quien lo definió como complejo de Electra fue Jung, antiguo colaborador de Freud, para determinar la contrapartida femenina del complejo de Edipo freudiano. Como señala aquel, la fijación afectiva o el enamoramiento, real o no, de la niña hacia su padre, puede generar una situación de fuerte rivalidad con la madre, aunque lo más

común es simplemente una predilección de la niña hacia su progenitor.

### Una neurótica

Regresando al libreto de Hofmannsthal, no fue este exactamente el caso de su *Electra*. La hija de Agamenón es una mujer neurótica con un problema psicológico efectivo y con destacadas connotaciones con Anna O. pseudónimo de una paciente real de Freud que analiza en sus *Estudios de la histeria* (recordemos el predicamento que tenían los experimentos de Charcot sobre el tema y que incluso el mismo Freud abrió una clínica para tratar la histeria). Además Electra, en clara coincidencia con la principal teoría freudiana, está obsesionada por el sexo y la sexualidad. Y consumida por el deseo exasperado de vengar el asesinato de su padre.

Asimismo, teniendo en cuenta los círculos en que Hofmannsthal se movía, es casi seguro que conociera el libro de Otto Weininger, *Sexo y carácter* (1903) que desde el mismo año de su publicación tuvo mucha resonancia a la que no fue ajena el suicidio de su joven autor. El misógino Weininger opone al carácter activo, productivo, consciente, y moral/lógico, del hombre al de la mujer, que según sus teorías es pasivo, improductivo, inconsciente y amoral/ilógico.

La figura femenina de Electra en el libreto de Hofmannsthal, corresponde casi literalmente a lo destacado por el filósofo, mientras que la figura masculina de Orestes respondería a las virtudes que Weininger atribuye al hombre.

Otro aspecto que llama la atención de esta *Electra* hofmannsthaliana es el acentuado énfasis en su desagradable presencia, casi repulsiva, tal vez por la ascendencia intelectual, muy predominante en aquel momento, de otro filósofo misógino, Arthur Schopenhauer, quien en su libro *El amor, las mujeres y la muerte*, afirma, por ejemplo: “Por fuerza ha tenido que oscurecerse el entendimiento del hombre para llamar bello a un sexo de corta estatura, estrechos hombros, anchas caderas y piernas cortas. En vez de llamarle bello sería más justo llamarle “ínestético”. Pero es que, además, como se pone de relieve en la primera escena, en el diálogo entre ella y las doncellas, Electra se expresa con un lenguaje feroz y brutal y su aspecto es el de un animal salvaje que “aúlla” por su padre cuando se oculta el sol; cuyas manos son como “garras”; que tiene la mirada “emponzoñada como un gato salvaje”; que lanza “bufidos” y habla de “espumarajos” y de sus “convulsiones”. “Corred a la cama con vuestros machos...”, les dice a las doncellas (...), “estoy criando un buitre en mis entrañas”.

Como contrapunto a la imagen de Electra, Hofmannsthal impresiona al lector/espectador con la aparición de una majestuosa Clitemnestra que lleva una “vestidura escarlata”, con largo manto, “toda cubierta de piedras preciosas y de talismanes”, cuyo “aspecto recuerda a una serpiente erguida”. ¿Cómo no pensar en el aspecto de la *femme fatale* tan en boga entre los artistas y literatos de aquel fin de siglo? Su figura, asimismo, nos trae a la memoria las Salomé tatuadas y llenas de orfebrería que pintaba Gustave Moreau, sin olvidar el entusiasmo que,

precisamente, había despertado en Hofmannsthal la *Salomé* de Oscar Wilde.

Otros elementos negativos de la personalidad de Electra que ya existen en Sófocles, pero que el autor vienés acentúa para hacerla más vengativa y abominable en su odio a su madre -su rival en el amor del padre fallecido- son, también, sus celos por la belleza de Clitemnestra, y el hecho de que tenga un enamorado amante. Sin olvidar -ingrediente muy significativo- que Hofmannsthal elimina de su texto, lo que sí relata Sófocles en su tragedia: el suceso, que opera a modo de descarga de la culpa de Clitemnestra, es decir, el que Agamenón sacrificó a Ifigenia, su hija pequeña y hermana de Electra, para inmolarla a los dioses.

Esta *Electra*, figura carente de todo lirismo, simboliza las neurosis de la sociedad vienesa de aquellos años finiseculares a la que nos referimos al principio, y al mismo tiempo es, según palabras de Bernard Banoun, profesor de literatura alemana en la Sorbonne, un ritual funerario en el que la hija de Agamenón, destaca por su psicología y por su incapacidad de vivir si no es a través de la venganza.

Sí Salomé ha sido muy representada en la historia del arte, de Electra, tal vez por su apariencia desagradable, existen pocas imágenes en la pintura de la época. Entre ellas, la que resulta especialmente interesante en su expresión de dolor, es la figura del inglés Frederic Leighton.

Erika Bornay es historiadora de arte y escritora